

Históricas Digital

Leonardo López Luján

“En la arqueología”

p. 60-73

Miguel León-Portilla

A 90 años de su nacimiento

Ana Carolina Ibarra, Eduardo Matos Moctezuma y María Teresa Uriarte (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas,
Coordinación de Difusión Cultural/
Fideicomiso Felipe Teixidor y Monserrat Alfau de Teixidor

2017

112 p.

Fotografías e ilustraciones

ISBN 978-607-02-8968-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 22 de enero de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/677/leon_portilla.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México





En la arqueología

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

Instituto Nacional de Antropología e Historia
Museo del Templo Mayor

A exactamente nueve décadas de su nacimiento y cercano a completar su séptimo *tlalpilli* o ciclo de trece años, Miguel León-Portilla ejemplifica para todos nosotros lo que en lengua náhuatl se conoce como un *omáxic oquichtli*, es decir, un “hombre maduro”.¹ Aclaremos, sin embargo, que para los antiguos mexicanos tal condición no se alcanzaba simplemente sumando días, semanas y veintenas a la existencia personal, sino al adquirir en forma paulatina un carácter resuelto y vigoroso, pero a la vez sensato, perspicaz y discreto. Se tenía al *omáxic oquichtli* como un individuo experimentado y pleno: en pocas palabras, era alguien colmado de vivencias y a quien nada, absolutamente nada, le faltaba. En el lenguaje metafórico, se decía de él que era “dueño de un rostro” y “dueño” también “de un corazón”; pero no de cualquier rostro, sino de uno sabio, y no de cualquier corazón, sino de uno firme como la piedra y resistente como el tronco de un árbol.

A Ana Carolina Ibarra y a Eduardo Matos Moctezuma debo la oportunidad de referirme al “hombre maduro” al que este 22 de febrero rendimos tributo por sus 90 años de permanencia aquí en *tlaltícpac*. Tengo por encargo hablarles de la profunda huella que Miguel León-Portilla ha impreso en el terreno de la arqueología, esa “disciplina de las cosas antiguas” que es mi propio afán y mi pasión. Un reloj pertinaz no me dejará emprender el justo recuento de todo un legado, pero me permitirá al menos ofrecerles instantáneas del pasado de un individuo y de su circunstancia que sigue teniendo repercusiones en nuestro presente.

¹ Véanse fray Bernardino de Sahagún, *Florentine Codex: General History of the Things of New Spain, Book 10: The People*, edición de Arthur J. O. Anderson y Charles E. Dibble, Santa Fe, School of American Research and the University of Utah, 1961; Miguel León-Portilla, “La educación entre los mexicanos”, en *Obras de Miguel León-Portilla. T. II. En torno a la historia de Mesoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio Nacional, 2004, p. 358-374; Miguel León-Portilla, “Del tiempo: vivencia e inferencia”, en *Obras de Miguel León-Portilla. T. IX. De filosofía e historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio Nacional, 2011, p. 45-88.

Quisiera para ello que nos remontáramos, en primer término, al ya lejano año de 1963, cuando un impetuoso Miguel fue electo director del entonces llamado Instituto de Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México.² Recibía él la estafeta de un prestigiado arqueólogo, Pablo Martínez del Río, aunque para toparse con un centro de investigaciones que requería con urgencia un reordenamiento. Sin titubeos, el flamante director tomó medidas decisivas, una de las cuales reconocemos ahora como visionaria: crear la Sección de Antropología del Instituto, poniendo al frente de ella al incansable Juan Comas y agrupando así los ímpetus de verdaderos gigantes de esta rama del saber, como Paul Kirchhoff, Pedro Bosch Gimpera, Mauricio Swadesh, Fernando Horcasitas, Santiago Genovés y Yolanda Lastra. Adicionalmente, para reforzar los estudios arqueológicos, enroló a un par de jóvenes que comenzaban a descollar: uno de ellos llamado Jaime Litvak y, el otro, Carlos Navarrete. Como era de esperarse y con semejante pléyade, la Sección de Antropología floreció con rapidez, al grado de que pronto hubo que trasladarla del séptimo al primer piso de la Torre de Humanidades. A la postre, el éxito de este crisol de mentes geniales fue tal, que León-Portilla, con el apoyo del rector Guillermo Soberón, fundó en 1973 el Instituto de Investigaciones Antropológicas, el cual cuenta en la actualidad con una plantilla de medio centenar de especialistas, muchos de ellos consagrados de cuerpo y alma a la arqueología.

Otro momento clave en la historia de mi disciplina data del periodo en que Miguel León-Portilla fue nuestro brillante embajador ante la UNESCO, lo que aconteció entre 1987 y 1992.³ En aquellos años parisinos, a él tocó en prueba sortear las turbulencias propias de una institución en plena crisis política y económica, pero también protagonizar una coyuntura que transformó el derrotero de algunos de los más importantes sitios arqueológicos de México. Me refiero concretamente a las cinco candidaturas que León-Portilla presentó ante el pleno de dicha organización de las Naciones Unidas para ser integradas a la lista de Patrimonio Mundial de la Humanidad. Gracias a expedientes bien conformados y a una hábil gestión diplomática, pasaron entonces a formar parte de tan exclusivo elenco Teotihuacan, Monte Albán, Palenque, Chichén Itzá y el Templo Mayor de Tenochtitlan, este último en tanto parte del Centro Histórico de la Ciudad de México.

2 Véase, por ejemplo, Miguel León-Portilla, "Mi egohistoria", en Jean Meyer (coord.), *Egohistorias*, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1993, p. 85-102.

3 *Idem*.

Como bien lo ha señalado Miguel en repetidas ocasiones, el nombramiento no sólo implica un enorme privilegio, sino una responsabilidad mayúscula para quienes estamos a cargo de la salvaguarda de estos sitios.

Una tercera instantánea, correspondiente ésta al año de 1959, nos lleva a los inicios de *Estudios de Cultura Náhuatl*, revista de talla internacional fundada por el egregio Ángel María Garibay⁴ y continuada hasta nuestros días con inteligencia y entereza por Miguel León-Portilla, José Rubén Romero y Salvador Reyes Equiguas. Desde el mismísimo volumen 1, la arqueología ha estado presente en esta publicación seriada,⁵ pese a que su vocación primordial sea el estudio de “fuentes documentales de toda índole, códices y textos indígenas de importancia histórica, etnográfica, lingüística, o genéricamente cultural, en relación con los distintos pueblos nahuas, en los periodos prehispánico, colonial y de México independiente”, según se aclara en la página web del IIH. Tal presencia, para quienes gusten de las estadísticas, se corrobora fácilmente al recorrer los índices de los 49 volúmenes que han visto la luz hasta el momento. Allí se enlistan, entre 996 contribuciones, un total de 100 dedicadas parcial o enteramente a la arqueología, las cuales representan en su conjunto nada menos que 1 783 páginas. Los índices también nos hacen constatar la riqueza y diversidad de dicho “corpus arqueológico”, además de la clara predilección por ciertas posiciones teóricas, metodologías y temáticas. De inmediato se percibe, por ejemplo, la preferencia por los análisis iconográficos de monumentos escultóricos aislados o grupos de ellos, en aras de develar ya su contenido histórico y simbólico, ya sus valores estéticos. Son igualmente recurrentes las pesquisas sobre los centros urbanos, por lo general acerca de sus recintos ceremoniales, lugares en que suelen concentrarse

4 En “Proemio a la serie Estudios de Cultura Náhuatl”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. 1, 1959, p. 6, Garibay hace explícita su visión de la naturaleza del trabajo arqueológico: “Entre las manifestaciones artísticas del México Antiguo —rehúyo el feo nombre de Mesoamérica—, está la del mosaico de turquesas: caras, emblemas, adornos. Muchas veces en las investigaciones arqueológicas se hallan fragmentos esparcidos, perdidos casi, entre los cúmulos de arena y escombros. El arqueólogo va paulatina y pacientemente recobrando cada fragmento. Lo limpia, lo separa, lo guarda. Cuando tiene muchos, ensaya una reconstrucción. A veces resulta precisa y completa. No hay que buscar más. Esto, sin embargo, es muy raro. Casi siempre quedan lagunas y hay que esperar al futuro, o volver a un examen más acucioso sobre los escombros, para ver si aparecen las piezas de complementación que no se han descubierto. Cuando termina, puede ser que la imagen quede muy incompleta, pero será el acercamiento a la realidad que buscaba, y será un acercamiento objetivo.”

5 Leonardo López Luján, “Cincuenta y seis años de arqueología en *Estudios de Cultura Náhuatl*”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, v. 50, 2015, p. 31-51.

los más excelsos templos piramidales, plazas, adoratorios y tumbas. Algo semejante se puede decir de las expresiones intelectuales más sofisticadas del mundo prehispánico como son la escritura, las matemáticas, el calendario y la astronomía, las cuales son examinadas con frecuencia en *Estudios de Cultura Náhuatl*.⁶

Obviamente, el papel de nuestro homenajeado en el ámbito de la arqueología no se limita a sus muy atinadas iniciativas en la administración y la política universitarias, en la diplomacia cultural o en el mundo científico-editorial. Es, por el contrario, en el campo de las ideas donde encontraremos sus mayores conquistas. Digamos de entrada que Miguel León-Portilla ha explorado con agudo olfato y nítida visión prácticamente todos los rincones del mundo antiguo, siendo muchas veces adelantado en comarcas ignotas.

Un buen ejemplo son sus estudios historiográficos sobre lo que él mismo ha definido como "protoarqueólogos", comenzando sin duda por aquellos mexicas y tlaxcaltecas que en los siglos XV y XVI solían recorrer con fascinación las desoladas ruinas de Teotihuacan y Tula-Xicocotitlan, con el expreso fin de exhumar de sus entrañas toda suerte de reliquias.⁷ En el mismo rubro podemos incluir las aproximaciones biográficas de León-Portilla al capitán de dragones luxemburgués Guillermo Dupaix y al artista nacionalizado francés Jean-Frédéric Waldeck. El primero, como es sabido, encabezó la Real Expedición Anticuaria en Nueva España, empresa tan ambiciosa como malograda que sólo pudo consumir tres viajes entre 1805 y 1809,⁸ en tanto que el segundo escudriñó los vetustos edificios de Palenque y Uxmal hacia la década de 1830 buscando vanamente en

6 A lo anterior deben sumarse las reseñas y los obituarios relativos a los protagonistas de la arqueología y la antropología mexicanistas. Véanse, por ejemplo, "Reseña sobre *The Aztec Image in Western Thought* de Benjamin Keen", *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. 11, 1974, p. 378-382; "Juan Comas Camps (1900-1979)", *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. 14, 1980, p. 433-434; "Reseña sobre *Crónica en barro y piedra. Arte prehispánico en la Colección Sáenz* de Jacqueline Larralde de Sáenz", *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, v. 19, 1989, p. 488-493; "José Alcina Franch", *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, v. 33, 2002, p. 351-352.

7 Véase, por ejemplo, Miguel León-Portilla, "Tula Xicocotitlan: historia y arqueología", *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, v. 39, 2008, p. 65-86.

8 Véanse, por ejemplo, Miguel León-Portilla, "Guillermo Dupaix. Expediciones acerca de los antiguos monumentos de la Nueva España 1805-1808", *Anales de Antropología*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, México, v. VIII, 1971, p. 322-323; Miguel León-Portilla, "Prefacio", en Guillermo Dupaix, *Atlas de las antigüedades mexicanas halladas en el curso de los tres viajes de la Real Expedición de Antigüedades de la Nueva España, emprendidos en 1805, 1806 y 1807*, México, San Ángel Ediciones, 1978, p. 9-11.

ellos evidencias de contactos con Egipto, Cartago, Nínive y la India.⁹ De manera análoga, Miguel ha documentado el paso sucesivo de “protoarqueólogos” y arqueólogos profesionales por un mismo sitio —como sucede en el caso paradigmático de Xochicalco—¹⁰ y, a la inversa, ha registrado las exploraciones de un solo hombre de ciencia en una multitud de sitios, siendo ilustrativo el seguimiento que él hiciera de Manuel Gamio por Chalchihuites, Azcapotzalco, Tenochtitlan, Teotihuacan y Kaminaljuyú.¹¹

Miguel León-Portilla también se ha aventurado con éxito en el siempre incierto viaje al remoto pasado de México. Y cuando ha tenido necesidad de retroceder siglos e incluso milenios en sus indagaciones, se ha hecho acompañar por guías de excepción, abrevando en las obras de los más renombrados arqueólogos de su tiempo: Jorge Acosta, Ignacio Bernal, Alfonso Caso, Richard MacNeish, Ignacio Marquina, René Millon, Eduardo Matos Moctezuma, Eduardo Noguera, Román Piña Chan, César Sáenz y Laurette Séjourné, por citar unos cuantos.¹² Es así como Miguel ha logrado atender con rigor el llamado de sus muy disímboles intereses por nuestros ancestros.

A este respecto, ha sido recurrente en sus publicaciones el tema de la tecnología. A manera de ilustración, digamos que él ha escrito no pocas páginas relativas al uso de los metales, desde la explotación minera por medio de pozos, socavones y galerías hasta la confección de ornamentos e implementos de oro, plata, cobre, estaño y plomo.¹³ Y algo similar puede apuntarse sobre su curiosidad por las obras hidráulicas, desde las cisternas y las canaletas olmecas de San Lorenzo, pasando por las chinampas y las redes de drenaje

9 Véase, por ejemplo, Miguel León-Portilla, “Prólogo”, en Fréderick de Waldeck, *Viaje pintoresco y arqueológico a la provincia de Yucatán*, México, Condumex, 1997, p. 11-31.

10 Véase, por ejemplo, Miguel León-Portilla, “Xochicalco en la historia”, en *La acrópolis de Xochicalco*, México, Instituto de Cultura de Morelos, 1995, p. 35-86.

11 Véanse, por ejemplo, Miguel León-Portilla, “Jornadas de Homenaje: Saturnino Herrán”, *América Indígena*, v. XX, n. 4, octubre de 1960, p. 295-303; Miguel León Portilla, “Manuel Gamio y el indigenismo”, en *Obras de Miguel León-Portilla*. T. IV. *Biografías*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio Nacional, 2009, p. 539-558.

12 Véase, por ejemplo, Miguel León-Portilla, *Historia de México*, México, Salvat Editores de México, 1974, v. 3.

13 Véanse, por ejemplo, Miguel León-Portilla, “Minería y metalurgia en el México antiguo”, en *La minería en México. Estudios sobre su desarrollo histórico*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1978, p. 5-36; Miguel León-Portilla, “La minería y la metalurgia en el México antiguo”, en *Minería mexicana*, México, Comisión de Fomento Minero, 1984, p. 3-30.

en Teotihuacan, hasta las represas y los acueductos que surcaban el Lago de Texcoco en el Posclásico.¹⁴ A la postre, todo lo anterior ha llevado a Miguel León-Portilla a cuestionarse cómo, a pesar de múltiples limitaciones técnicas y de la carencia de animales de tiro y carga, los mesoamericanos alcanzaron la civilización de manera independiente, al igual que lo hicieron las sociedades de las riberas del Tigris y el Éufrates, el Nilo, el Indo y el Huang Ho. Su solución a tan elusiva interrogante es que aquí se siguieron caminos evolutivos distintos a los recorridos en el Viejo Mundo, pero que todos, al final, confluyeron en el establecimiento de la vida urbana, en la producción de un arte excelso y en la creación de sistemas escriturarios.¹⁵

La alteza de miras de Miguel León-Portilla se aprecia igualmente en su gusto por los panoramas históricos generales, ya de áreas culturales enteras como Mesoamérica y los Andes,¹⁶ ya de regiones poco abordadas por las ciencias sociales, como la península de Baja California.¹⁷ De este callejón geográfico y cultural ha reconstruido con trazos sumarios pero magistrales doce milenios de tradición, basándose en los datos arrojados por la excavación de concheros, abrigos rocosos y campamentos a cielo abierto, y contrastándolos con narraciones de navegantes, pescadores de perlas y misioneros.

14 Véase, por ejemplo, Miguel León-Portilla, "El agua: universo de significaciones y realidades en Mesoamérica", *Ciencias*, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias, México, n. 28, octubre-diciembre 1992, p. 7-14.

15 Véanse, por ejemplo, Miguel León-Portilla, "Significación cultural del México prehispánico", en *Trayectoria de la cultura en México*, México, Fomento Cultural Banamex, 1974, p. 7-19; Miguel León-Portilla, "Significación cultural de Mesoamérica", en *Obras de Miguel León-Portilla. En torno a la historia de Mesoamérica, T. II. En torno a la historia de Mesoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio Nacional, 2004, p. 385-400.

16 Véanse, por ejemplo, Miguel León-Portilla, "Significación cultural..."; Miguel León-Portilla, *Historia de México...*; Miguel León-Portilla, "México: su evolución cultural", *Ciencias Sociales*, 3a. ed., México, Porrúa, 1979, p. 13-164; Miguel León-Portilla, "Significados del corazón en el México prehispánico", *Archivos de Cardiología de México*, v. 74, n. 2, abril-junio de 2004, p. 93-103.

17 Véase, por ejemplo, Miguel León-Portilla, "Los primeros californios: prehistoria y etnohistoria", en David Piñera (coord.), *Panorama histórico de Baja California*, Tijuana, Universidad Autónoma de Baja California, Centro de Investigaciones Históricas/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1983, p. 15-45; Miguel León-Portilla, *La California mexicana: ensayos acerca de su historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Universidad Autónoma de Baja California, Instituto de Investigaciones Históricas, 1995, 310 p.; Miguel León-Portilla y David Piñera Ramírez, *Baja California. Historia breve*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011, 242 p.

Amante de la exégesis de la palabra hablada y escrita, León-Portilla ha prestado particular atención al registro material del conocimiento.¹⁸ Para ello ha examinado en la cerámica, los murales y los monumentos pétreos aquellos sistemas de imágenes y notaciones glíficas que hicieron posibles la preservación y la transmisión de las ideas. Y, en sentido contrario, el estudio cuidadoso de la palabra hablada y escrita, tanto en lengua náhuatl como en castellano y latín, le ha valido para desentrañar el significado de enigmáticas esculturas y pinturas, sin importar que éstas adopten la figura de serpientes emplumadas, divinidades decapitadas o soberanos en majestad.¹⁹ Es así como él ha infundido un soplo de vida a los vestigios materiales inertes y aparentemente sin lógica que proliferan en nuestros museos y zonas arqueológicas.

Como podrán ustedes adivinar, entre las aportaciones de Miguel León-Portilla, que más valoro en lo personal, se encuentran las que él ha hecho acerca del Templo Mayor en colaboración con mi maestro Eduardo Matos.²⁰ En los años setenta y ochenta del siglo XX, ambos unieron voluntades para demostrar cómo el dato arqueológico y el histórico se complementan y se corroboran mutuamente. Conjuntando los instrumentos de sus respectivas disciplinas llegaron a comprender las transformaciones constructivas de esta pirámide a lo largo de 200 años y, más importante aún, el contexto político y religioso al que obedeció cada cambio de aspecto.

18 Véanse, por ejemplo, Miguel León-Portilla, "Reseña sobre Crónica..."; Miguel León-Portilla, *Literaturas indígenas de México*, México, Fondo de Cultura Económica/Mapfre, 1992, 365 p.; Miguel León-Portilla, *El destino de la palabra: de la oralidad y los códices mesoamericanos a la escritura alfabética*, México, Fondo de Cultura Económica/El Colegio Nacional, 1996, 406 p.; "José Alcina Franch...".

19 Véanse, por ejemplo, Miguel León-Portilla, *Historia de México...*; Miguel León-Portilla, "La educación entre los mexicas..."; Miguel León-Portilla, "Quetzalcóatl: dios y hombre omnipresente en Mesoamérica", en *Isis y la serpiente emplumada: Egipto faraónico/México prehispánico*, introducción de Miguel Ángel Fernández y José Enrique Ortiz, Monterrey, Fundación Monterrey, 2007, p. 138-151.

20 Véanse, por ejemplo, José Alcina Franch, Miguel León-Portilla y Eduardo Matos Moctezuma, *Azteca-méxico. Las culturas del México antiguo*, Madrid, Sociedad Estatal Quinto Centenario/Lunwerg Editores, 1992, 402 p.; Miguel León-Portilla, *México-Tenochtitlan: su espacio y tiempo sagrados*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1978, 80 p.; Miguel León-Portilla, "El Templo Mayor en la historia sagrada de los mexicas", *Revista de la Universidad de México*, nueva época, v. XXXVIII, n. 15, 15 de julio de 1982, p. 20-24; Miguel León-Portilla, "The Ethnohistorical Record for the Huey Teocalli of Tenochtitlan", en Elizabeth Hill Boone (coord.), *The Aztec Temple Mayor*, Washington, D. C., Dumbarton Oaks Library and Collection, 1987, p. 71-95; Miguel León-Portilla, Eduardo Matos Moctezuma y Dominique Verut, *El Templo Mayor*, México, Bancomer, 1981.

Gracias a la generosidad de Fausto Zerón-Medina y al trabajo de edición de Diego Matadamas Gómora, ahora puedo compartir con ustedes un brevísimo fragmento del video intitulado *El Templo Mayor de México-Tenochtitlan*, producido por El Colegio Nacional hace 35 años, cuando yo tenía 17 años.²¹ Veamos a continuación un interesantísimo diálogo entre Miguel y Eduardo, quienes reflexionan sobre la dualidad manifiesta tanto en el *Huei Teocalli* como en nuestra herencia cultural. ¡Corre video!

NARRADOR: El doctor Miguel León-Portilla, consagrado estudioso de los antiguos textos indígenas, y el profesor Eduardo Matos Moctezuma, arqueólogo e investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia y actualmente coordinador del Proyecto Templo Mayor, nos acercan por los caminos de la historia y la arqueología al gran *Teocalli*, Templo Mayor de México-Tenochtitlan.

EDUARDO MATOS MOCTEZUMA: De hecho, aquí en el Templo Mayor converge lo más significativo del arte, de la religión y del destino de los mexicas; pero no sólo eso sino, además, aquí es una síntesis del mundo mesoamericano.

MIGUEL LEÓN-PORTILLA: Y eso lo conocemos gracias a los hallazgos arqueológicos que han hecho ustedes, pero también gracias a las fuentes escritas, a los códices y a los textos en lengua indígena. En ese sentido, yo creo que el descubrimiento de este Templo Mayor de Tenochtitlan nos aporta algo también muy significativo: nos hace confiar más en el testimonio escrito, que converge y coincide tanto con los hallazgos de la arqueología.

[...]

MIGUEL LEÓN-PORTILLA: Aquí, en este preciso lugar, en un año 2-Casa, que corresponde a 1325, comenzó a existir la ciudad de México-Tenochtitlan. Y, desde el nacimiento de esta ciudad, se afanaron los mexicas por erigir su templo al dios Huitzilopochtli. Al principio, como nos lo dicen varias crónicas en lengua indígena y lo vemos en algunos códices, el

21 Este video fue dirigido y producido en 1981; el guion estuvo a cargo de Miguel León-Portilla y Eduardo Matos Moctezuma, y la realización técnica se debe a Telerey, S. A. Además de Miguel y Eduardo, en dicho video aparecen los restauradores Carlos del Olmo y María Luisa Franco, así como los arqueólogos Guillermo Ahuja, Salvador Guilliem, Francisco Hinojosa y el autor de estas líneas.

templo fue una edificación muy pequeña; se dice que se construyó con madera delgada, que se construyó con miseria. Pero también desde un principio vemos en las representaciones de los códices que se erige un doble adoratorio: uno de ellos en honor a Huitzilopochtli, el numen tutelar, y el otro en honor de Tláloc, el señor de la lluvia. Ese doble adoratorio es un símbolo de la dualidad. La dualidad es un concepto que permea, que está presente en el pensamiento religioso de los antiguos mexicanos. En este caso, es la dualidad representada por el dador de la vida, Huitzilopochtli, identificado con el Sol, y Tláloc, el señor de la tierra, que fecunda a la misma con su lluvia. La dualidad divina que en el pensamiento religioso nos habla o se nos torna presente en la figura de Ometéotl, aquí en el doble santuario también la tenemos a la vista.

[...]

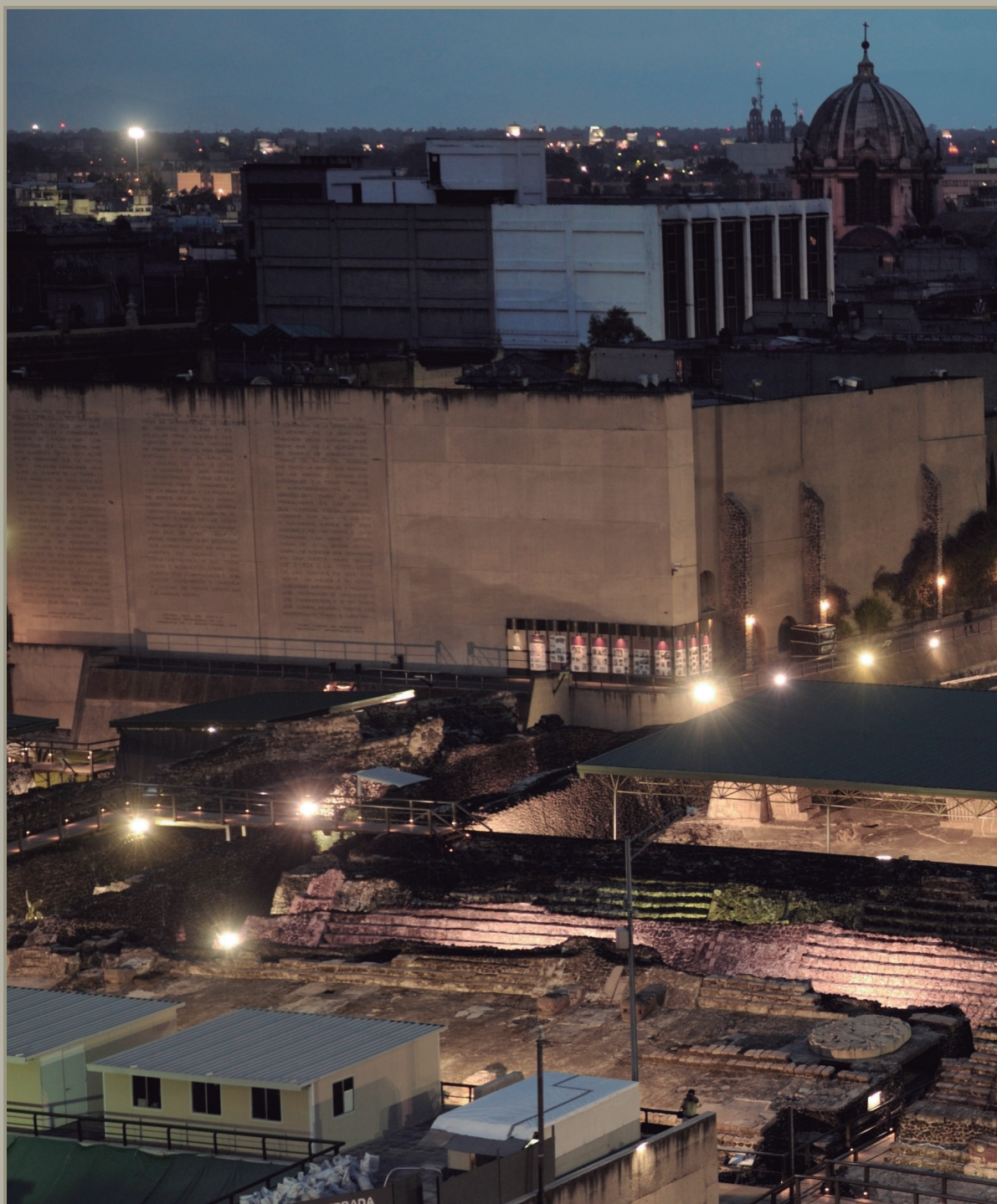
MIGUEL LEÓN-PORTILLA: En ese mismo año 4-Caña, 1431, por disposiciones de Itzcóatl, persuadido en esto por su sagaz consejero Tlacaélel, se dispuso una quema de antiguos libros de pinturas, de códices, aquéllos en los que se conservaba la historia mexicana. La razón era que en esos códices no se había hecho un registro adecuado del pasado del pueblo escogido de Huitzilopochtli. ¿Dónde ocurrió esa quema? Tal vez en alguno de estos patios del templo, quizás en sus inmediaciones. El hecho es que, a partir de entonces, la nueva historia empezó a corresponderse con los designios del pueblo de Huitzilopochtli. Gracias a esa historia, podemos hoy conocer mucho de lo que sabemos en relación con este Templo Mayor.

[...]

EDUARDO MATOS MOCTEZUMA: Coyolxauhqui nace con su muerte. Esta aseveración no está exenta de realidad, ya que lo primero que observamos en esta monumental escultura es precisamente a una deidad muerta, decapitada. Podemos observar, en primer término, la cabeza de la diosa que está separada del tronco y también algunos elementos, como, por ejemplo, la cintilla que va sobre la nariz y de la cual cuelga un cascabel. Esto es importante porque corresponde al nombre mismo de la diosa. Coyolxauhqui quiere decir "la del rostro adornado con cascabeles". También podemos observar cómo las extremidades, tanto los brazos como las piernas, están separadas del tronco del cuerpo. Un elemento interesante lo tenemos también en el cinturón, del cual, en la parte posterior, cuelga un cráneo. Todos estos elementos que estamos observando, la muerte misma de la deidad, están relacionados



Placa conmemorativa de la declaratoria del Centro Histórico de la Ciudad de México como Patrimonio Cultural de la Humanidad, Plaza Manuel Gamio, mayo de 1988. Fotografía de Gerardo Pedraza, cortesía Proyecto Templo Mayor



Zona Arqueológica y Museo del Templo Mayor, Ciudad de México. Fotografía de Kenneth Garrett, cortesía Proyecto Templo Mayor



con el mito, con la leyenda que nos dejaron los informantes de Sahagún y a través de la cual vemos cómo esta deidad, Coyolxauhqui, combate contra su hermano Huitzilopochtli, el dios de la guerra, el dios solar. Ninguna pieza está puesta al azar aquí en el Templo Mayor: esta escultura está colocada al pie de la escalinata del gran templo, del gran cerro-templo, y en la parte superior estaba Huitzilopochtli vencedor.

[...]

EDUARDO MATOS MOCTEZUMA: La arqueología descubre ahora en plenitud una de las raíces de México. Es extraordinario estar aquí en el Templo Mayor y simultáneamente tener enfrente la catedral cristiana.

MIGUEL LEÓN-PORTILLA: Éste es el doble rostro de México, nuestra viviente realidad que confiere unidad plena a nuestra identidad, como en suma lo mesoamericano y lo hispánico aquí convergen. De ese encuentro proviene el ser de México, de ese encuentro provenimos los mexicanos...

A manera de colofón, quisiera contarles que hace apenas un par de meses evocaba yo las enseñanzas de Miguel León-Portilla ante un grupo de jóvenes arqueólogos, mientras excavábamos al pie del Templo Mayor. Les explicaba cómo, a la luz de las pictografías y las crónicas, él y Eduardo habían reconocido en la materialidad del edificio la representación plástica del arquetípico Coatépec, evocación del mito de nacimiento del solar Huitzilopochtli y teatro para la reescenificación de la derrota de la selénica Coyolxauhqui.²²

En medio de la charla batallábamos para liberar de la argamasa la ofrenda que un sacerdote mexica había depositado con devoción quinientos años atrás.²³ En un instante, el brillo del sol nos anunció la presencia de varios ornamentos de oro de la diosa Luna: eran las luminosas orejeras de Coyolxauhqui, acompañadas de los cascabeles de sus mejillas que revelan su identidad... El sacerdote había rodeado estas insignias con puntas

22 Véase, por ejemplo, Miguel León-Portilla, *México-Tenochtitlán: su espacio y su tiempo...*, p. 45-46.

23 Véase Leonardo López Luján, "Proyecto Templo Mayor: Informe de la Octava Temporada (fase 2014-2015)/Propuesta para la realización de la Octava Temporada (fase 2015-2016)", en *Informe técnico para el Consejo de Arqueología*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2015, 1131 p.

de obsidiana y cuchillos de pedernal, tal vez para denotar con ello el ocaso de la luna en la base de la montaña. Al día siguiente aparecieron bajo el conjunto cuatro bellísimas representaciones de corazones, también de oro. Dudo aún si estas piezas aluden a los corazones de la diosa y de sus hermanos estelares que, según la versión mítica de la *Crónica mexicáyotl*, fueron devorados por Huitzilopochtli, acto interpretado por León-Portilla como una apropiación de la energía vital de los adversarios.²⁴ Uno de los corazones de oro que encontramos había sido claramente deformado por las manos del sacerdote. Me pregunto si con ello quiso significar que Coyolxauhqui era “perversa”, como se infiere de las palabras *yollochico* y *yollonecuil*, las que se traducen *ad litteram* como “corazón torcido” y “corazón doblado”.²⁵ O quizás intentó “ofender” mágicamente a la diosa, como se desprende del sentido literal del verbo *teyolitlacoa*, o “dañar el corazón de alguien”.²⁶ Aunque aún no tengo la respuesta, estoy confiado de que al final llegaremos a comprender el gesto ritual de este sacerdote, porque siempre nos acompaña Miguel, quien es dueño de un rostro sabio y de un corazón resistente como el tronco de un árbol.

¡Muchas felicidades! 🌀

24 Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975, p. 33-34; Miguel León-Portilla, *México-Tenochtitlán...*, p. 22-23.

25 Véanse Miguel León-Portilla, “Significados del corazón...”; Louis M. Burkhardt, *The Slippery Earth. Nahuatl-Christian Moral Dialogue in Sixteenth-Century Mexico*, Tucson, The University of Arizona Press, 1989, p. 177.

26 Véanse Miguel León-Portilla, “Significados del corazón...”; Louise M. Burkhardt, *The Slippery...*, p. 28-29.